

Vertigo. Revista de cine (Ateneo da Coruña)

Título:
Ha nacido otra estrella

Autor/es:
Arias, Dany

Citar como:
Arias, D. (1994). Ha nacido otra estrella. Vértigo. Revista de cine. (10):28-31.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/43005>

Copyright: Todos los derechos reservados.
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Vertigo. Revista de cine (Ateneo da Coruña)

Título:

Ha nacido otra estrella

Autor/es:

Arias, Dany

Citar como:

Arias, D. (1994). Ha nacido otra estrella. Vértigo. Revista de cine. (10):28-31.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/43005>

Copyright: Todos los derechos reservados.

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



HA NACIDO OTRA ESTRELLA

HOLLYWOOD AL DESNUDO (WHAT PRICE HOLLYWOOD?, 1932)

DANY ARIAS

28

V

1932: la Meca del Cine conmemora el sexto aniversario de la muerte del astro Rodolfo Valentino, y hace tan solo dos años que oímos pedir un whisky con *ginger ale* de los labios de la diosa Garbo. Rita Hayworth todavía no había ofrecido su blanca piel, en ceremonial *striptease* con aroma mítico-erótico enfrascado en lascivo satén, John Wayne cabalgaba a través de westerns anónimos sin lograr divisar en el pescante de ninguna diligencia al maestro irlandés, y Burt Lancaster endurecía músculos en espectáculos circenses, ajeno a la fatalidad enfundada en negro perversión, perdición, que lo aguardaba para su debut cinematográfico.

Pero Hollywood ya siente (otra vez) la imperiosa necesidad de remover sus propias y todavía frescas tripas de celuloide. Mirarse a través del espejo. Espejismos en el cine mudo. Espejo ante el que Constance Bennet imita con afectado *glamour* a la inaccesible di-va de acento extranjero. *¡Las estrellas de cine llevan estas medias!*. Las revistas de moda dictan estilo, y una foto con Clark Gable y la Garbo, cómo abrazarse en casto erotismo Metro-Goldwyn-Mayer. Hollywood, la fábrica de sueños fantásticos y pesadillas terrenales encerradas en cuchitriles de pensiones baratas. Son los años treinta. La recesión económica lanza a Fay Wray a las manos del enamoradizo Kong. La imposible jungla de la Isla de la Calavera, se transmuta en restaurante frecuentado por pterodáctilos agónicos en busca de la última oportunidad: *¡aún soy taquillero, sigo teniendo cartel!*. El cocinero reivindicativo del tipo Valentino, esgrime orgulloso un salchichón —¿estará pensando en un remake de EL AGUILA NEGRA?— al enterarse del último chisme: *¡vuelven los tipos latinos!*. Y las camareras se disputan la mesa ocupada por el afamado director, espoleadas por el mismo hambre que aguijoneaba a sus parientes, las damas del teatro (Cukor, antiguo director de Broadway, sin duda hubiese gozado dirigiendo a la Rogers, Hepburn y compañía). El director de éxito (interpretado por Lowell Sherman) resulta de una curiosa simbiosis entre el dandy con trágico final de Max Linder, y un alcoholizado John Barrymore entregado a los brazos de Baco, borracheras divinas, eternas. El teatro Chino de Grauman se viste de gala para otra memorable noche de estreno. Las estrellas descienden del firmamento para ser aclamadas por la insaciable multitud. El ídolo aparece en un viejo au-



Gregory Ratoff, Constance Bennett, Neil Hamilton en HOLLYWOOD AL DESNUDO

tomóvil, a punto para caerse a pedazos en alguna frenética persecución filmada por Mack Sennett. La burla al sofisticado *glamour* hollywoodense se acerca a la autoparodia. Donen y Gene Kelly tomarían muy buena nota. La voracidad de *el público*, *el gran monstruo sin cabeza* que decía Chaplin, todavía pide más carnaza. Las habladurías divulgadas en artículos de prensa, ofrecen escándalos a todos aquéllos que son incapaces de provocar los suyos propios. La referencia a las reinas

Hollywood, la fábrica de sueños fantásticos y pesadillas terrenales encerradas en cuchitriles de pensiones baratas

del cotilleo, a las comadres de Hollywood, Hedda Hopper y Louella Parsons, resulta inevitable.

La entrada al Estudio no puede tener mejor carta de presentación, con esos travellings que se pasean con sabor documentalista por los exteriores de los platós. Nos acercamos a uno de ellos, cuya entrada está flanqueada por la figura de un terrible león (para algún terrible macro-film bíblico), encargado de delimitar la frontera entre la mirada sin depurar y aquélla que ha sido convenientemente supervisada para consumo público, púdico. Mirarse al espejo con un difusor de-

lante del objetivo. Así, el retrato que de la fauna que pulula por Hollywood ofrece el film, queda ligeramente desdibujado por un trazo quizá en exceso complaciente y edulcorado. Si la fama y el estrellato eran fácilmente accesibles para la chica de la puerta de enfrente (el *sueño americano* al alcance de la voluntariosa camarera), las razones del fracaso y la autodestrucción al que está abocado el director, resultan demasiado nebulosas. El gran cuchillo que esgrimiría Aldrich, se encargará de despejar cualquier duda, rajando las hediondas tripas de Hollywood para dejar de ver en diáfana brecha, todas su nauseabunda y vergonzosa putrefacción. La nueva mirada sobre idénticos personajes (desde la chismosa, ahora mostrando abiertamente su capacidad para arruinar carreras cinematográficas desde la páginas de la revista de turno) es aterradora, y todo aquello que apunta, que más bien intuimos en la película de Cukor, se confirmará en ese otro film que parece su angustioso negativo.

La Bennett desciende por una gran escalinata, en un prueba que le permitirá ascender al Olympo de los inmortales. Habrá que esperar casi veinte años, para poder adorar con devoto misticismo el descenso al infierno de una auténtica diva: la neurótica, viciada, patética, descomunal y fantástica Norma Desmond que interpretó Gloria Swanson, o a la inversa. El cine dentro del cine. La aspirante a estrella es bautizada como *la amiga de América*, en arrebatado alarde de imaginación, en un escenario realmente adecua-

HOLLYWOOD AL DESNUDO (WHAT PRICE HOLLYWOOD?)

RKO, 1932

Director

George Cukor

Guión

June Murfin, Ben Markson, Gene Fowler y Rolan Brown

Fotografía

Charles Rosher

Decorados

Carroll Clark

Montaje

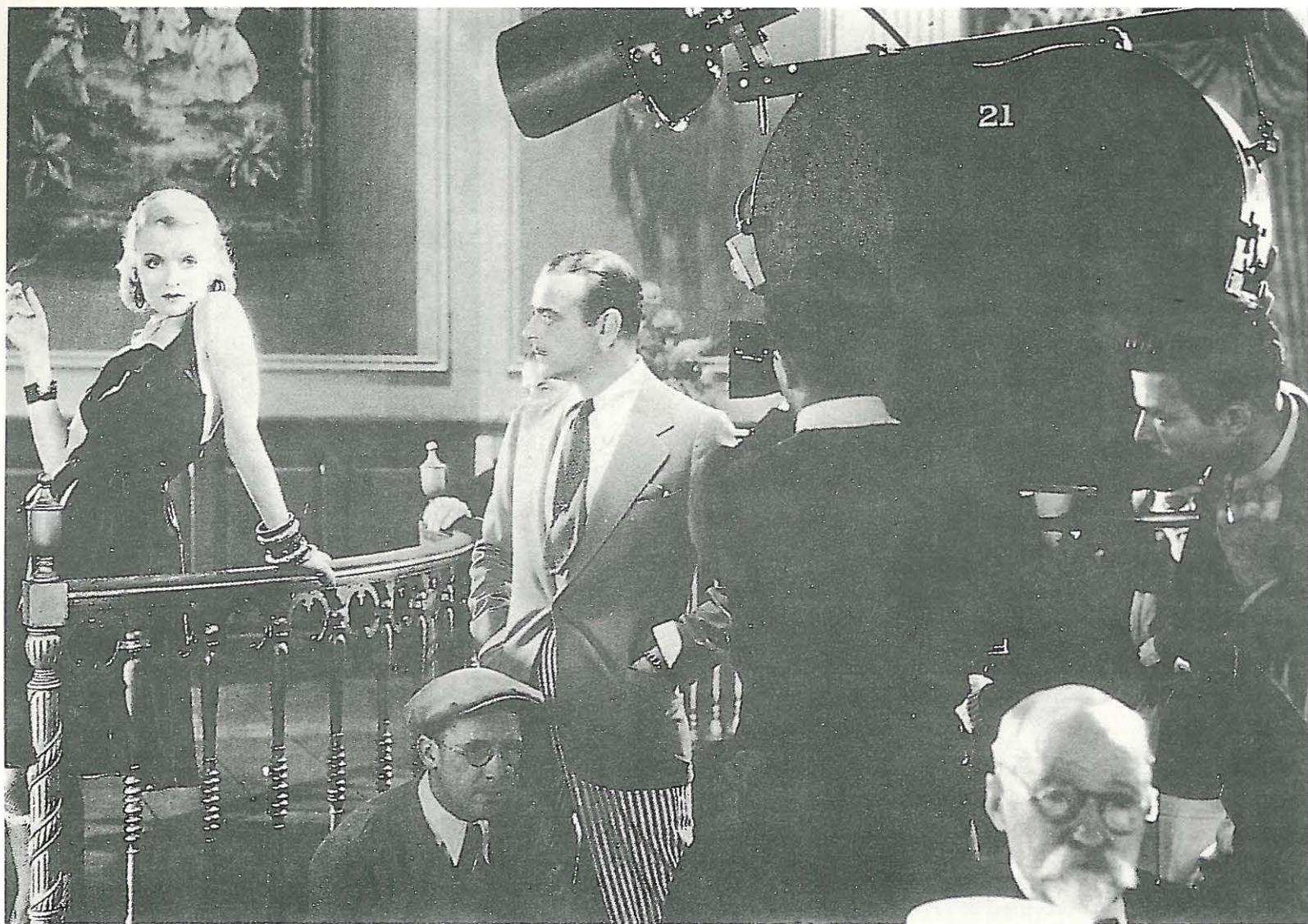
Jack Kitchen

Música

Max Steiner

Intérpretes:

Mary Evans (Constance Bennett), Max Carey (Lowell Sherman), Lenny Borden (Neil Hamilton), Julius Saxe (Gregory Ratoff), Cassie (Louise Beavers) Butler (James Eddie Anderson)



Constance Bennett y Lowell Sherman en HOLLYWOOD AL DESNUDO de George Cukor.

do: la sala de proyecciones. Y Constance Bennett abandona el estudio encuadrada entre los férreos barrotes de una verja. Sí, ha nacido otra estrella entre las fauces de Hollywood. Fama, mansión con piscina y marido millonario, son los premios alcanzados por la mujer independiente de fuerte voluntad, un tipo de heroína muy querida por Cukor y que aquí comienza a modelar. Luego vendrán la Hepburn de LA COSTILLA DE ADAN (ADAM'S RIB, 1949), Judy Garland con HA NACIDO UNA ESTRELLA (A STAR IS BORN, 1954), Judy Holliday con LA RUBIA FENOMENO (IT SHOULD HAPPEN TO YOU, 1954), o la mismísima Vivian Leigh, cuya Scarlett O'Hara debe buena parte de su éxito al excelente trabajo de Cukor (es sabido que continuó dirigiendo en secreto tanto a Vivian Leigh como a Olivia de Havilland, después de que Selznick lo sustituyese por Victor Fleming). Gre-

Fama, mansión con piscina y marido millonario, son los premios alcanzados por la mujer independiente de fuerte voluntad

gory Ratoff interpreta al productor que no pierde la ocasión de autodignificar a la industria, a través de la producción, distribución y exhibición de la boda del año entre la estrella del cine y el jugador de polo de la aristocracia. La reverencial sumisión del mundo del cine hacia la *high society*. El apasionado productor se nos revela con un sospe-

choso parecido al incansable y ambicioso Selznick, precisamente el productor de HOLLYWOOD AL DESNUDO. La actriz Kim Hunter rizaría el rizo con su propia boda, organizada por el propio Selznick. La dócil estrella que interpreta Constance Ben-

nett, se deja manipular por unos y estrujar por otros, la masa enloquecida, mientras un cámara estratégicamente situado inmortaliza el evento. Marilyn ocultaría su rostro a la salida de una clínica dental, en doloroso gesto del que reclama derecho a la vida privada, vida rebelde. Nuestra Louella Parsons

particular, se presenta dispuesta a hurgar en la intimidad del matrimonio de moda. *Photoplay*, *Silver Screen* y numerosas publicaciones dedicadas a airear (o inventar) inmoralidades e indiscreciones estelares, alimentan con sus chismes a una impaciente y devoradora legión de *fans*. La década de los treinta contempla el momento de mayor esplendor de este tipo de revistas, y la propia Constance Bennett será una de sus asiduas protagonistas, tras contraer matrimonio ¡con un aristócrata francés!. La voracidad canibalista de HOLLYWOOD AL DESNUDO parece no conocer límite alguno. Ser portada en una de esas revistas de cine, e interpretar un número musical con acento extranjero (¿no era lo que ambicionaba la joven camarera?) marcan el momento de mayor auge de la star, y el deterioro del matrimonio. La exhibicionista vida social que impone la Meca del Cine, descubre el aristocrático desprecio de la alta sociedad hacia las rubias platino, Hollywood y toda su flamante vulgaridad adornada de gloria efímera y envanecimiento eterno.

HOLLYWOOD AL DESNUDO, Hollywood Babilonia que diría Kenneth Anger, también pasea su mirada por nocivos parajes poblados por ídolos caídos. Las cárceles de Los Angeles acogen la etílica visita de Lawrence Tierney, Robert Walker, o la del director—Lowell Sherman— de nuestra historia. El suicidio se consuma finalmente con un disparo en el pecho, si bien hubiésemos preferido ver aplacar la desesperación del sediento en un océano... de ginebra. James Mason lo interpretaría mejor. Y Pier Angeli, Everett Sloane, George Sanders, Jean Seberg, Marilyn, Nick Adams, Lupe Vélez, Alan Ladd, James Whale, Charles Boyer, o Margaret Sullavan, lo prolongarían nutriendo la necrópolis de Hollywood. Sin olvidarnos de ese otro suicida no tan célebre, John Bowers, galán del mudo cuya trágica carrera (finalizada en la playa de Malibú), inspiraría a las ver-

siones de HA NACIDO UNA ESTRELLA de Wellman (1937) y Cukor (1954). El escándalo hace tambalear la carrera de *la amiga de América*. el furor de la puritana norteamericana, desatado contra los excesos de Hollywood. Salvaguardar la decencia, la castidad y la pureza. Días de vino y fosas en las que sepultar a las ovejas descarriadas. Fatty Arbuckle no se recuperaría jamás. sin embargo, el caso de la estrella d HOLLYWOOD AL DESNUDO se acerca más, y sirve de preludeo, al turbio incidente de una Lana Turner envuelta en el asesinato de su gánster-amante Johnny

Stompanato, descubierto muerto en su propia cocina. La industria no pierde la ocasión de explotar el llamativo filón que suponen las vidas borrascosas de algunas de sus estrellas más temperamentales. Y el productor ya sueña con el espectacular regreso de la estrella, en

un film que sin duda batirá récords de taquilla y mal gusto: *A prisión por el hombre que amas*.

Con este film, Hollywood se habrá mirado al ombligo sin la acidez corrosiva de Wilder, sin la dureza ni la fuerza dramática de Minnelli, o sin caricaturizarse con la nostálgica mirada de Donen y el americano en París. Tampoco contará con el fervor de un público que conocerá más y mejor sus sucesivas versiones. La sátira acerca del triunfo, más o menos virulenta, que indudablemente destila el film, su fresco apasionamiento, la mirada cómplice y también divertida, la ironía envenenada, lo convierten en un peculiar y atractivo *monstruo*, no creado, esta vez, en el laboratorio del doctor Frankenstein, sino en los propios platós del mismo Hollywood (después de todo, escenarios no tan dispares). La disección de la criatura nos revela vísceras en forma de fotogramas, entrañas a contraluz e intestinos de 35 milímetros, saqueados y transplantados con mayor o menor fortuna para un sin fin de historias de crepúsculos, historias de dioses. Siempre cautivos del mal. 

La industria no pierde la ocasión de explotar el llamativo filón que suponen las vidas borrascosas de algunas de sus estrellas más temperamentales